

«No queda nadie»

Cuando a Mary Lennox la enviaron a vivir con su tío a Misselthwaite Manor, todo el mundo dijo que era la niña menos agraciada que habían visto jamás. Y era cierto: era esmirriada, tenía la cara chupada, el pelo muy claro y fino, y una expresión hosca. El pelo, de hecho, era tan rubio que casi parecía amarillo, y la piel también, porque había nacido en la India y siempre había estado enferma de una cosa u otra. Su padre tenía un cargo del Gobierno británico y siempre estaba muy ocupado y enfermo, como ella, mientras que su madre era una mujer muy hermosa a la que solo le interesaba asistir a fiestas y divertirse con sus amigos. Ni siquiera quería tener una hija, así que, cuando Mary nació, la dejó al cuidado de una *ayah*,* a la que hizo saber que, si no quería contrariar a su Mem Sahib,** debía mantener a la niña apartada de su vista el máximo

* *Ayah*: término con el que se denominaba a las niñeras contratadas por los europeos en la India u otros territorios del antiguo Imperio británico (*Todas las notas son de la traductora*).

** *Mem Sahib*: término que usaban los nativos en la India para referirse a una mujer blanca o extranjera, especialmente a las esposas de los funcionarios del Gobierno británico.

tiempo posible. Así que a Mary la mantuvieron apartada de la vista mientras fue un bebé enfermizo, irritable y feo, y cuando pasó a ser una criatura enfermiza e irritable también la mantuvieron alejada de todo el mundo. Mary no recordaba haber visto otros rostros familiares que no fueran las caras morenas de su *ayah* y del resto de los sirvientes nativos, y como siempre la obedecían y la dejaban salirse con la suya en todo, porque no querían que Mem Sahib se enfadara si la oía llorar, al cumplir los seis años Mary se había convertido en la criatura más tiránica y egoísta que se había visto jamás. La joven institutriz inglesa contratada por la familia para enseñar a la niña a leer y escribir la detestaba tanto que dimitió a los tres meses, y las institutrices que la siguieron, una tras otra, aguantaron aún menos tiempo que la primera. De no ser porque Mary había decidido que quería aprender para poder leer libros, tal vez no hubiera llegado nunca a reconocer las letras.

Una mañana en que hacía un calor asfixiante, cuando Mary tenía más o menos nueve años, se despertó de muy mal humor y aún se enfadó más al ver que la criada que estaba junto a su cama no era su *ayah*.

—¿Por qué has venido tú? —le dijo a la mujer desconocida—. No toleraré que te quedes. Envíame a mi *ayah*.

La mujer, que parecía asustada, respondió tartamudeando y le dijo que su *ayah* no podía ir. Y, cuando a Mary le entró una rabieta y empezó a pegarle y darle patadas, la pobre mujer se

asustó aún más y repitió que el *ayah* no podía cuidar a Missie Sahib.*

Aquella mañana flotaba un aire de misterio en el ambiente. Nada se hacía como de costumbre y, al parecer, varios de los criados nativos habían huido, mientras que los pocos a los que vio Mary se escabullían o correteaban sigilosamente de un lado a otro, pálidos y atemorizados. Nadie, sin embargo, quería decirle qué ocurría y su *ayah* no apareció por ningún lado. De hecho, la dejaron sola casi toda la mañana, hasta que al final salió al jardín y se puso a jugar bajo un árbol, cerca del porche. Mientras fingía plantar un parterre y clavaba grandes flores rojas de hibisco en montoncitos de tierra, se fue enfadando cada vez más y empezó a murmurar entre dientes todo lo que le diría a Saidie, su *ayah*, y todos los insultos que le soltaría en cuanto volviese.

—¡Cerda! ¡Cerda! ¡Hija de cerdos! —dijo, porque llamar *cerdo* a un nativo era el peor insulto de todos.

Estaba repitiendo aquellas palabras una y otra vez, con los dientes apretados, cuando oyó que su madre salía al porche. Iba con un joven rubio y hablaban los dos en voz baja, como si estuvieran preocupados por algo. Mary conocía a aquel joven rubio con cara de niño: era un oficial que acababa de llegar de Inglaterra. Lo miró, pero sobre todo miró a su madre, como hacía siempre que tenía oportunidad de verla, porque Mem

* *Missie Sahib*: término para referirse a la hija de una Mem Sahib.

Sahib —ese era el nombre con el que Mary solía referirse a ella— era alta, delgada, guapa y llevaba siempre unos vestidos preciosos. Tenía el pelo rizado y sedoso, una naricilla delicada con un gesto permanente de desdén y unos ojos grandes de mirada alegre. Todos sus vestidos eran finos, vaporosos y, como a Mary le gustaba decir, «llenos de encaje». El de esa mañana parecía más lleno de encaje que nunca, pero la mirada de Mem Sahib no era nada alegre. Tenía los ojos muy abiertos y los dirigió hacia el rostro del joven oficial rubio con una expresión implorante.

—¿Tan grave es la situación? ¿De verdad? —la oyó decir Mary.

—Terrible —respondió el joven con voz temblorosa—. Terrible, señora Lennox. Tendría que haberse marchado usted a las colinas hace dos semanas.

Mem Sahib se retorció las manos.

—Oh, ¡ya sé que debería haberme marchado! —exclamó—. Si me quedé fue solo para acudir a aquella estúpida cena. ¡Qué tonta fui!

En aquel instante, se oyó un quejido tan lastimero, procedente de las dependencias de los criados, que la mujer se aferró al brazo del joven y Mary se echó a temblar de pies a cabeza. El lamento era cada vez más desgarrador.

—¿Qué ocurre? ¿Qué ocurre? —jadeó la señora Lennox.

—Ha muerto alguien —respondió el joven oficial—. No dijo usted que hubiera casos también entre sus criados.

—No lo sabía —exclamó Mem Sahib—. ¡Acompáñeme! ¡Acompáñeme! —lo apremió, mientras daba media vuelta y corría hacia la casa.

Después de eso, ocurrieron cosas espantosas y Mary por fin descubrió a qué venía tanto misterio aquella mañana. Se había declarado una epidemia mortal de cólera y los enfermos caían como moscas. Su *ayah* había enfermado aquella noche y era su muerte la que lloraban los criados en las chozas. Antes de que terminara el día, ya habían muerto otros tres criados y varios más habían huido aterrorizados. Se sucedían las escenas de pánico y en todos los bungalós había gente que agonizaba.

El segundo día, durante la confusión y el desconcierto, Mary se escondió en el cuarto de juegos y, al parecer, nadie se dio cuenta. Todo el mundo se olvidó de ella, nadie la echó en falta, y ocurrieron cosas muy raras de las cuales no supo nada. Pasó las horas llorando y durmiendo a ratos. Lo único que sabía era que había personas enfermas, y que se oían ruidos misteriosos y aterradores. En una ocasión, fue a hurtadillas hasta el comedor y lo encontró vacío, aunque en la mesa aún quedaban restos de comida y las sillas y los platos parecían apartados apresuradamente, como si los comensales se hubieran levantado a toda prisa por algún motivo. Mary comió un poco de fruta y unas galletas y, como tenía sed, se bebió una copa de vino que estaba casi llena. Tenía un sabor dulce, pero ella no sabía que era muy fuerte. Enseguida se sintió tan

mareada que volvió al cuarto de juegos y se encerró de nuevo, asustada por los gritos que se oían en las cabañas y por los pasos apresurados. El vino le había dado tanto sueño que apenas podía mantener los ojos abiertos, así que se tumbó en la cama y durante mucho rato no supo nada más.

Mientras Mary dormía profundamente, sucedieron muchas cosas, pero no la despertaron ni los lamentos ni el ajetreo de la gente que entraba y salía del bungaló.

Cuando se despertó, se quedó muy quieta con la mirada fija en la pared. La casa estaba en completo silencio. Nunca, en realidad, había estado tan silenciosa. No se oían voces ni pasos, así que Mary se preguntó si todo el mundo se había curado del cólera y ya se habían acabado los problemas. También se preguntó quién iba a cuidar de ella ahora que su *ayah* estaba muerta. Seguramente tendría un *ayah* nueva, que a lo mejor sabía historias nuevas, porque ya estaba un poco cansada de las viejas. No lloró porque su *ayah* hubiera muerto, pues en realidad Mary era una niña muy poco afectuosa y nunca le habían importado mucho los demás. El ruido, las carreras de un lado a otro y los lamentos de los enfermos de cólera la habían asustado, y se había enfadado mucho porque, al parecer, nadie recordaba que ella seguía viva. Todo el mundo estaba demasiado aterrado como para pensar en una niña a la que, en realidad, nadie apreciaba demasiado. Al parecer, cuando las personas se contagiaban de cólera, solo pensaban en ellas mismas, pero, ahora que todo el mundo se

había curado, seguro que alguien se acordaría de ella e iría a buscarla.

Pero no acudió nadie y, mientras Mary seguía esperando tumbada en la cama, la casa parecía cada vez más silenciosa. Oyó una especie de susurro en la estera y, al mirar hacia abajo, vio una serpiente pequeña que reptaba y la observaba con unos ojos que parecían piedras preciosas. No tuvo miedo, porque era una serpiente inofensiva que, además, parecía tener mucha prisa por salir de la habitación, hasta el punto de que se escurrió por debajo de la puerta mientras la niña la observaba.

—Qué raro que esté todo tan silencioso —se dijo—. Parece como si no hubiera nadie en el bungalow, aparte de la serpiente y de mí.

Apenas un minuto más tarde, oyó pasos en el exterior y, después, en el porche. Eran pasos de hombres que no tardaron en entrar en el bungalow, hablando en voz baja. Nadie salió a recibirlos ni a hablar con ellos, y los hombres se dedicaron a abrir las puertas de las habitaciones para registrarlas.

—¡Qué desolación! —dijo una voz—. ¡Una mujer tan hermosa! Y supongo que la niña también. He oído decir que tenía una hija, aunque nadie la ha visto jamás.

Mary estaba en el centro del cuarto de juegos cuando los hombres abrieron la puerta unos minutos más tarde: se encontraron con una criatura fea y enfadada que los miraba con el ceño fruncido porque empezaba a tener hambre y le parecía

indignante que nadie se hubiera acordado de ella. El primer hombre que entró era un fornido oficial al que una vez había visto hablando con su padre. Parecía cansado y preocupado, pero cuando la vio se llevó tal susto que casi retrocedió de un salto.

—¡Barney! —exclamó—. ¡Aquí hay una niña! ¡Y está sola, en un sitio como este! Que Dios nos ampare, ¿quién será?

—Soy Mary Lennox —dijo la pequeña, al tiempo que se erguía con orgullo. Le pareció que aquel hombre había sido un poco maleducado al referirse al bungaló de su padre con la expresión «un sitio como este»—. Me he quedado dormida mientras todo el mundo tenía el cólera y me acabo de despertar. ¿Por qué no viene nadie?

—¡Es la niña a la que nadie ha visto nunca! —exclamó el hombre, mientras se volvía hacia sus compañeros—. ¡Se han olvidado de ella!

—¿Por qué se han olvidado de mí? —dijo Mary, dando un pisotón al suelo—. ¿Por qué no viene nadie?

El joven cuyo nombre era Barney la miró con tristeza. A Mary incluso le pareció ver que parpadeaba para contener las lágrimas.

—¡Pobrecilla! —dijo—. Ya no queda nadie que pueda venir a buscarla.

Y así, de esa forma tan extraña y repentina, Mary descubrió que ya no tenía madre ni padre; que habían muerto y se los habían llevado por la noche, y que los pocos criados que

habían sobrevivido también habían abandonado la casa lo más rápido posible. Ninguno de ellos se había acordado de que había una Missie Sahib. Por eso estaba todo tan silencioso. Era verdad que en el bungalow no quedaba nadie aparte de ella y la pequeña serpiente que siseaba.

